

Pero en la polémica que Morales Jiménez sostiene contra los negadores de la ideología de la Revolución Mexicana, tendrá pocas probabilidades de éxito dados los argumentos de curiosa lógica que emplea: "¡Mentira —dice— que la Revolución haya carecido de intelectuales! Idea falsa... Negar que la Revolución careció de intelectuales —periodistas, escritores, poetas, tribunos, etc.— es negar que hubo hombres, y negar que hubo hombres es tanto como negar a Francisco I. Madero, a los Flores Magón, a Paulino Martínez, a Filomeno Mata y a toda la pléyade gloriosa de revolucionarios de los últimos días del siglo pasado y primeros del que corre."

Dirigida al gran público, la obra resulta negativa, porque plantea problemas sin ningún rigor y apunta soluciones que no lo son; pensada para especialistas o personas de mediano conocimiento sobre la Revolución, no les prestará ninguna utilidad. El autor, cuyas preocupaciones, como creemos haber demostrado, corresponden a una inquietud válida en nuestro tiempo, estaba por esa conciencia obligado a entregar una obra valiosa; el estado actual de los estudios históricos en México no permite ya hacer historia como se escriben artículos de periódicos con valor ocasional, menos aún si se ampara una obra bajo el signo de un Instituto Nacional que cuenta en su haber bibliográfico con obras de aliento interpretativo o esfuerzo sistemático.

EDUARDO BLANQUEL
El Colegio de México

WOODROW WILSON Y LA AMÉRICA LATINA

EL PROFESOR Arthur S. Link ha publicado un libro* sobre el apasionante tema de las relaciones diplomáticas de su país con los latinoamericanos durante la época del Presidente Wilson. Link no podía dejar pasar por alto el interesante aspecto de la vida de Wilson en el que éste se vincula a la política exterior de su país con los demás países del Continente americano. Este libro se refiere a esa faceta de la política exterior de los Estados Unidos, la más importante en aquel momento, pues, como dice el autor, "Teórica y prácticamente, Europa y el Lejano Oriente eran de interés periférico para el pueblo de los Estados Unidos, durante los años anteriores a la pri-

* ARTHUR S. LINK: *La política de los Estados Unidos en América Latina (1913-1916)*. Fondo de Cultura Económica, México-Buenos Aires, 1960; 287 pp.

mera Guerra Mundial" (p. 7); por lo tanto, el libro presenta el relato de los arduos conflictos que en aquellos años ocurrían dentro de algunos países latinoamericanos y la manera como los Estados Unidos los encararon, ya que

la política exterior norteamericana se había dirigido siempre a proteger al Continente Americano de la intromisión europea, y después de la Guerra Hispano-Americana y de la adopción de planes para construir un canal istmico, las exigencias de la seguridad nacional habían impuesto un enfoque más vigoroso a esta política de defensa hemisférica,

por lo que

las aspiraciones de McKinley, Roosevelt y Taft... habían consistido en establecer la supremacía absoluta de los Estados Unidos en la zona del Caribe y Centroamérica a fin de proteger la seguridad del Canal de Panamá (p. 7).

Esta tendencia norteamericana fomentaba, lógicamente, la formación de un *imperium* en el Caribe, situación que se agudizaba con la llamada "diplomacia del dólar". Esta actitud agresiva a la soberanía de los pueblos había provocado una justa reacción anti-norteamericana y anti-imperialista en los países latinoamericanos. Al asumir Wilson el poder trató de recuperar la confianza de los pueblos de América Latina, por lo que el 11 de marzo de 1913, en un comunicado a la prensa, anunció una nueva política a seguir: la "Nueva Libertad".

Link se esfuerza por desentrañar la verdad de las relaciones diplomáticas entre los Estados Unidos y los países de América General, el Caribe y México, dejando en un segundo plano, casi ignorado, las relaciones con las demás repúblicas suramericanas. Ciertamente es que en el primer capítulo —interesante por los planteamientos que hace el autor— se refiere al Tratado con Colombia, instrumento suscrito en Bogotá el 6 de abril de 1914, y a la tentativa de suscribir un pacto con Argentina, Brasil y Chile para darle vida jurídica al ideal panamericanista de Wilson, pero tales referencias, más que para describir los hechos, las usa el autor como instrumento probatorio de las buenas intenciones de Wilson y Bryan hacia la América Latina. Tal vez por ser Centroamérica, el Caribe y México los puntos neurálgicos en aquellos días, y por representar típicamente la política norteamericana en Latinoamérica, Link concentró su atención en la política de Wilson con estos países.

Link, tras de presentarnos las circunstancias en que apareció la tesis política de la "Nueva Libertad", las diversas reiteraciones públicas de que fue objeto y de magnificar el interés del presidente y el secretario de Estado en terminar con la "diplomacia del dólar", y de respetar el "derecho de las repúblicas a labrar su propio destino... tan amenazado por los intereses financieros extranjeros como lo estaba hace un siglo por las aspiraciones políticas de los gobiernos extranjeros" (p. 18), nos habla del fracaso de todas estas bellas teorías porque los

hombres con motivos nobles se vieron engañados por sus propias buenas intenciones y en ocasiones por consejeros tontos o interesados; fueron influidos por presiones sutiles y motivos subconscientes que no reconocieron y acabaron por verse atrapados en una maraña de acontecimientos que no podían controlar (p. 221).

Es decir, Link trata de explicar el contenido teórico de la política de la "Nueva Libertad" y su fracaso al tratar de ponerla en práctica. Para él, todo esto es una historia irónica, pues se trata de la historia de cómo un presidente y un secretario de Estado idealistas, que hablaban en términos conmovedores de la fraternidad panamericana y de la igualdad de las naciones grandes y pequeñas, y que hicieron grandes esfuerzos para hacer realidad estos ideales, se convirtieron de hecho en los intervencionistas más extraordinarios de la historia de los Estados Unidos en la América Latina (p. 220). Wilson, que a juicio de Link

abhorrecía el solo pensamiento de utilizar la fuerza en las relaciones internacionales, se convirtió en el primer presidente de la historia norteamericana que utilizó medios violentos para imponer la voluntad de los Estados Unidos sobre naciones que por lo menos teóricamente eran libres (p. 220).

Link afirma que la política de los Estados Unidos de Norteamérica en el Caribe y América Central no es sino "la historia de lo que ocurrió cuando unos apóstoles de la democracia se pusieron a enseñar a otros pueblos cómo elegir buenos dirigentes y cómo gobernar bien" (p. 221).

Son éstos, a mi modo de ver, los argumentos sustanciales que informan al veredicto del autor. Y apoyarse en estos endebles juicios es precipitarse en dos graves errores:

a) Dar cabida al criterio —muy favorecido ahora por los

filósofos de la historia— de la inevitabilidad histórica, lo cual nos conduce, entre otras cosas, a justificar los hechos y no a explicarlos, que es la verdadera tarea del historiador.

b) Partir de conceptos ideales —problemas de índole moral— para explicar hechos demasiado concretos.

El papel que estos conceptos ideales juegan en la obra de Link originan serias contradicciones. El presidente, dice Link,

amplió su promesa de una nueva política hacia las repúblicas del Sur... Y más aún llegó a profetizar la liberación de América Latina de su estrangulamiento por concesionarios extranjeros, y a prometer la ayuda de los Estados Unidos en esa emancipación (pp. 8-9).

En tanto que, por otra parte, se lee:

Wilson, Bryan y Lansing jamás pensaron en escoger entre perpetuar o acabar la supremacía norteamericana en los accesos al canal de Panamá. Sólo pensaron en elegir los medios e instrumentos más efectivos para mantener la política norteamericana básica (p. 18).

Dice Link que la "promesa" [de la Nueva Libertad] se manifestó, aunque no se realizara, en la firma del tratado colombiano y en los intentos de negociar el pacto panamericano (p. 16). Y, por otra parte, se afirma que

Bryan descubrió que era difícil escapar al uso de protectores y fuerza militar en el trato con los Estados Centroamericanos y del Caribe. Sin embargo, suplicó al Presidente hacer efectiva su repudiación de la "diplomacia del dólar", inaugurando una política poderosa de ayuda económica mediante préstamos directos... (p. 18),

sugestión que rechazó Wilson por considerarla peligrosa, dejando así la puerta abierta para continuar con la "diplomacia del dólar".

Los errores de Wilson y Bryan que advierte Link y que le sirven de base para entender el fracaso de la política de la "Nueva Libertad", se encuentran en la falta de experiencia diplomática que ambos tenían, en el desconocimiento de "las costumbres de la América Latina", y en que "como predicadores de la democracia pensaron que podrían enseñar al pueblo mexicano, centroamericano y caribeño cómo elegir buenos dirigentes, establecer las instituciones democráticas y mantener la paz". Estos hombres pensaron, según Link, que po-

drían imponer “criterios morales y democráticos en una región en donde la revolución era parte importante del proceso político y la democracia una ficción” (p. 20). Ante estas intenciones morales que Link descubre en los discursos de Wilson, en las cartas y declaraciones de Bryan, sin tomarse la molestia de explicar que muchos de los documentos que él utilizó fueron usados por sus autores en circunstancias muy especiales que, más que todo, perseguían el afianzamiento de determinadas posiciones políticas dentro de los mismos Estados Unidos y el relajamiento de la desconfianza norteamericana, agrega que el presidente y el secretario de Estado “no tardaron en descubrir” que “hasta la ‘diplomacia moral’ tiene sus peligros latentes, cuando la practican seres humanos imperfectos” (pp. 10-11).

El autor no llega a establecer una distinción clara y precisa entre el juego de la diplomacia norteamericana y lo que Wilson y Bryan, independientemente de tal juego, hayan hecho por cuenta propia. En realidad, para Link los fracasos de la diplomacia wilsoniana tiene como causa problemas de índole “moral y subconsciente” y no factores económicos. Wilson y Bryan, dice Link, hablaron “sobre el panamericanismo y la absoluta igualdad entre los Estados, pero jamás pensaron seriamente en aplicar esas doctrinas al área del Caribe”, todo ello porque aceptaron “inconscientemente, quizá”, el supuesto de las administraciones Roosevelt-Taft de “mantener la supremacía absoluta” en esa zona de América. El autor no señala en ningún momento lo que en realidad querían significar Wilson y Bryan cuando se referían a la ayuda que deseaban prestar a las repúblicas latinoamericanas para que éstas labraran su propio destino, erradicando la amenaza de los “intereses financieros extranjeros” o que se profetizara “la liberación de América Latina de su estrangulamiento por concesionarios extranjeros”. En verdad, y Link no lo explica, los concesionarios o los intereses financieros extranjeros a los que se referían el presidente y el secretario de Estado eran, como se demuestra en los textos manejados por el autor, todos aquellos inversionistas o capitalistas europeos que tenían grandes intereses en Latinoamérica, pero jamás los norteamericanos. Lo que debe entenderse, por las declaraciones de aquellos funcionarios, es que nadie que no sea norteamericano tiene derecho de invertir y negociar en la América Latina; manera demasiado patente de llevar el monroísmo del terreno político al terreno económico. Esto queda claramente manifiesto en la actitud asumida por Wilson desde el momento en que llegó a la ciudad de México Sir Lionel Carden, el nuevo ministro británico ante el gobierno del ge-

neral Victoriano Huerta, constituyendo esto uno de los mejores argumentos para entender "La intromisión Wilsoniana", el segundo de los capítulos del libro (pp. 60-74).

No son instancias morales, deseos de enseñar a los pueblos latinoamericanos a vivir una era de ventajosa democracia, anhelos de tratar en un plan de igualdad y de "honorabilidad" a todos los países de América Latina, los que determinan la política diplomática del Presidente Wilson y sus colaboradores, es, y esto salta a la vista en los materiales usados por el autor, el deseo de establecer una mayor influencia de los Estados Unidos en los países situados al sur del Bravo y en el Caribe, el deseo de establecer en los territorios latinoamericanos gobiernos que Washington pudiera manejar (p. 105). Este deseo se funda en el afán de proteger los fuertes intereses financieros de los norteamericanos en América Latina. Por ejemplo, Link trata de presentarnos al Presidente Wilson como un hombre independiente que toma decisiones por sí mismo. Cuando después de explicar que la colonia norteamericana en México se había unido a los norteamericanos con intereses financieros y ferroviarios en nuestro país para pedir el reconocimiento de Huerta, a aquél "no lo conmovieron ni lo convencieron estas peticiones y argumentos" (pp. 41-42). Empero, después se dice (p. 44) que Julius Kruttschnitt, presidente del consejo de directores del ferrocarril Sud-Pacífico,

presentó al coronel House un plan preparado por Delbert J. Haff... y el cual había sido aprobado... por los funcionarios de dos compañías cobreras con grandes intereses en México, y por Edward L. Doheny de la Mexican Petroleum Company.

Este plan, aunque estipulaba el reconocimiento momentáneo de Huerta", impresionó mucho a Wilson. Veinte días después Kruttschnitt presentaba su plan original modificado (p. 45), el cual sirvió de base para redactar, "conforme a los lineamientos sugeridos por Haff, Kruttschnitt y Hale", las instrucciones que se le entregaron a John Lind (pp. 50 a 52).

Ahora bien, por lo que expone Link, el Presidente Wilson parece haber sido el primero en cavar una honda sepultura para su buena intención contenida en la idea de la *Nueva Libertad*; aun cuando Link dice que la conducta de los pueblos latinoamericanos forzó al presidente norteamericano y a Bryan a volver, contra su voluntad, a la era de la "diplomacia del dólar", pues, como en el caso de Nicaragua, los "Estados Unidos no podían, conforme a la conciencia cristiana, negarse a asumir sus deberes de buen vecino" (p. 25); en el caso Mé-

xico observamos con claridad que el gobierno de Wilson no allanaba el camino para que transitara con libertad su buena intención. Esto se observa hasta en lo más obvio, como fue el envío de diplomáticos durante aquellos años. Así William Bayard Hale, quien "sabía poco menos que nada sobre las cosas de México... pero era uno de los reporteros más inteligentes de su tiempo" (p. 47); Reginald F. del Valle, "oscuro amigo" de Byran que "apreció mal o confundió por completo cuanto oyó y vio" (p. 48); John Lind "carecía de experiencia diplomática, no hablaba el español, era acentuado anticatólico y nada sabía de los asuntos mexicanos" (p. 50); Leon J. Canova, quien con otros hombres del gobierno norteamericano estaba "trabajando intensa, si bien calladamente, para envolvernos en una profunda intervención en México" (p. 174), o el caso de algunos cónsules norteamericanos en México, como el acreditado en la ciudad de Veracruz, William W. Canada, "violento enemigo del régimen de Carranza" (p. 191).

Otra pequeña muestra de cómo la política de buenas intenciones wilsonianas estaba condenada al fracaso nos la dan los métodos seguidos para escoger funcionarios y los caminos utilizados en el Caribe.

Bryan, que compartía con Wilson la "inicial ignorancia" de los asuntos latinoamericanos, tenía que depender de sus consejeros del Departamento de Estado, así como de "los funcionarios diplomáticos destacados en el terreno, para obtener información y guía" (p. 224). Al encargarse de la Secretaría de Estado, había hecho una remoción en el equipo del Departamento de Estado y en el Servicio Exterior, y al despedir a los secretarios auxiliares de alta jerarquía, así como al jefe de la División de Asuntos Latinoamericanos quedaba sin consejo más o menos experimentado. Estos puestos los fue llenando con demócratas llenos de méritos, pero, evidentemente, también llenos de ignorancia. De este modo, en la jefatura de la División de Asuntos Latinoamericanos colocó a Boaz W. Long, hombre de negocios, "dueño de una casa comisionista", y cuya reputación "como experto sobre América Latina descansaba en el hecho... de que su compañía tenía una sucursal en la ciudad de México" (p. 224). Long, sin experiencia diplomática, al hacerse cargo del puesto, carecía de un consejero profesional, y aun cuando en septiembre de 1913 se le nombró un auxiliar, el "joven diplomático de carrera Jordan H. Stabler", éste provenía de la Legación en Estocolmo y su experiencia sobre los problemas latinoamericanos era casi nula (p. 224, n. 5).

Así, en medio de esta ignorancia, en septiembre de 1913, ante la amenaza de una guerra civil en la República Domini-

cana, cuya situación delicadísima reclamaba la presencia de un diplomático norteamericano lleno de tacto y de conocimientos sobre los problemas del Caribe, se designó a James R. Sullivan, "abogado de Nueva York de dudoso carácter, antiguo promotor de peleas de box conectado con el bajo mundo". Además, Sullivan estaba

íntimamente vinculado a un grupo de financieros de Nueva York, los dueños del Banco Nacional de Santo Domingo, que por entonces tramaban obtener la custodia de las aduanas del país. En verdad este grupo fue el causante de que se nombrara a Sullivan (p. 225).

Los desatinos de este representante y sus jugosos negocios con concesionarios venales, más la tolerancia tácita de Washington —que Link no expresa— condujeron por caminos errados a la política interior de la República Dominicana hasta el grado de que los Estados Unidos juzgaran necesario, por razones "éticas", intervenir más directamente en los asuntos de aquel país.

En el caso de la intervención norteamericana en Haití, no sólo la ignorancia de los funcionarios norteamericanos desempeña un papel predominante, sino los intereses económicos puestos en juego, así como el unilateralismo de la Doctrina Monroe.

Link pasa por alto dos hechos que a mi juicio son fundamentales para entender esa etapa tan interesante de la historia de nuestras comunes relaciones diplomáticas: olvida que en la era de Wilson el expansionismo económico y financiero del capitalismo norteamericano se encontraba en uno de sus momentos más agresivos. El otro hecho lo constituye el olímpico desdén con que la mayor parte de los funcionarios norteamericanos han visto a los pueblos y gobiernos de Latinoamérica. Actitud desdeñosa cuyas raíces podemos localizar en la historiografía anglosajona a partir del siglo xvii; en las ideas calvinistas del "pueblo elegido", del "Destino Manifiesto", etc., etc., y más modernamente, en la idea que los Estados Unidos han concebido de sí mismos como "el pueblo salvador de la cultura cristiana de Occidente". El mismo Link alude a estas raíces sin advertir que en ellas radica el fracaso de la política de Estados Unidos en América Latina, cuando nos dice que Bryan compartía con Wilson

su fe en la bondad y en la adecuación general de los remedios constitucionales; sus convicciones sobre la misión de los Estados Unidos en el mundo; su falta de pre-

ocupación por la soberanía de los pueblos de... América Latina" (p. 223);

o bien cuando dice que

Wilson, Bryan y Lansing afirmaban el supuesto de que las reglas ordinarias del Derecho Internacional no son aplicables tratándose de repúblicas pequeñas que demuestran su incapacidad para gobernarse por sí mismas (p. 283).

A pesar de estos defectos, hay en este libro un interesante material documental. Tal vez el lector encuentre una falta de cohesión en él, porque la casa editora lo formó con materiales de tres libros distintos.

XAVIER TAVERA ALFARO
Universidad Veracruzana

EL RETABLO DE MAESE PEDRO

PARA QUIENES NOS HEMOS NUTRIDO en la tradición literaria francesa, las Memorias diplomáticas traen siempre aparejada la idea de fineza, de buen gusto y de exquisita literatura. Las páginas de De Maistre, de Paléologue, de Poncet, nos llevan a ese mundo que el vulgo supone es el de la diplomacia: grandes intereses tratados por gentes eminentemente capaces, con suavidad extrema y con aguda percepción de sus consecuencias, inmediatas y mediatas. Pero los vientos que ahora soplan nos vienen de las áridas e inhospitalarias regiones de los Estados Unidos. Hemos de acostumbrarnos a unas memorias sin distinción y a conceptos dichos sin elegancia; en cuanto a previsión, recurriremos a nuestra fe para creer que estas gentes sí supieron lo que hacían, y todo lo que hacían. Tales son las memorias que nos legó Josephus Daniels y que sintomáticamente intituló *Diplomático en mangas de camisa*. Tal será, en consecuencia, el libro que ahora nos llega de la pluma —no por cierto la pluma de ganso de los antiguos— de David Cronon sobre la labor diplomática de Daniels en México.*

Por diplomacia, con la Real Academia, hemos de entender la ciencia o conocimiento de los intereses y relaciones de unas

* E. David CRONON: *Josephus Daniels in Mexico*. University of Wisconsin Press, 1960.